LOS MENÉNDEZ PELAYO Y ZORRILLA

Se puede asegurar que quien más avivó el fuego del entusiasmo por Zorrilla en D. Marcelino fué su hermano Enrique. Enrique Menéndez Pelayo era desde los años juveniles de sus estudios universitarios, un admirador incondicional del gran poeta romántico.

Su patrona en Valladolid, una anciana viuda salmantina, que aromaba con el relato de mil evocadores recuerdos los ratos de descanso en la dura tarea del escolar, acertó una noche a hablarle de Zorrilla que había sido amigo de su marido. Nos lo cuenta el mismo Enrique en sus preciosas *Memorias de uno a quien no sucedió nada.* Oigámosle:

"¡Para qué quería yo más día de fiesta que oír hablar de Zorrilla! Ya para entonces había yo leído no pocos versos del más grande poeta que España haya tenido, y gustado de ellos mucho más que de la descripción del esfenoides. Al llegar ahora a la patria de mi ídolo literario, jamás negado ni substituído, parecióme que su sombra llenaba la ciudad toda como todo mi pensamiento.

¡Zorrilla. . . ! He aquí el Poeta.

Esta es la poesía, y no otra; ésta, capaz de reproducir

el ruido con que rueda la ronca tempestad

y hasta

el rumor que levantan con sus plumas
las alas de Gabriel cuando camina,

o locos saltos del caballo de Alhamar, cuando en vano

él, con entrambas manos,
le recogió el rendaje,
hasta que el rudo belfo
tocó con el pretal.

A este escogido besó la diosa en la frente, y a pocos más. He aquí al vate, al adivino, al que sabe lo que va a pasar, como sabe lo que pasó.

He aquí al mago evocador, que a su voz de trueno hace comparecer a las edades que fueron y a las razas que pasaron, y con su queja de niño mimado o de mujer enamorada arranca al porvenir sus secretos.

He aquí al domador de multitudes, al confidente de solitarios, al camarada de los alegres, al consolador de los tristes.

He aquí al orfebre soberano que sabe elegir las palabras más bellas, las palabras-perlas, tan sin esfuerzo que parecen ser ellas las que saltan, espontáneas y graciosas, a engarzarse en el hilo de oro de aquellos inimitables versos.

He aquí al prodigioso músico, que con un mismo ritmo externo hace que sus estrofas hiervan ahora de júbilo y entusiasmo, languidezcan a poco melancólicas y amorosas, o truenen de indignación haciendo restallar como látigos los versos.

He aquí al poeta... ¡Asombrosa misión y singular destino los suyos! Acaso no sabe del propio y sabe el de los mundos. Acaso analiza y excruta en vano sus afectos y nos da perfecta razón de los nuestros. Acaso es infeliz este hombre, que a tantos llevó la felicidad, siquiera momentáneamente. Acaso enriqueció a muchos de consuelos e ilusiones quien vive sin ilusión y llora sin consuelo. Este, que lo sabe todo, porque no estudia sino que adivina, suele ignorar hasta los ápices cual sea el camino de su ventura, eso que los hombres vulgares parecen

saber de corrido y les hace moverse en una dirección determinada. A este otro, un viento le lleva y otro le trae; pero ¡qué sublimes vuelos los suyos...!

He aquí, en fin, a Zorrilla, al poeta cristiano, y español, el que dijo a su pueblo y a su gente cómo habían sido, que fué decirles cómo habían de ser. ¿Quién podrá señalar hasta dónde llegó en las almas la misteriosa influencia de esta poesía, calentada a la mortecina lumbre del hogar castellano, la cual él reanimó y convirtió de nuevo en luz y en llamas vivificadoras? ¿Quién, sino Dios podrá apuntarle en su haber al poeta todos los actos de valor y heroísmo, de abnegación patriótica, de amorosos sacrificios, de militares hazañas, a que, como oculta vena de agua, dió vida esta sana y viril poesía? Sólo Dios sabe qué semilla dejó, aunque pareciera no dejar nada duradero, en las almas escogidas la lectura de estas prodigiosas leyendas, castellanas o granadinas, catecismos del honor, sumarios de las grandezas de la patria.

¡Zorrilla! Yo veo rodeado siempre este mágico nombre de un tan radiante nimbo de luz y grandeza, que apenas acierto a escribirle sino entre dos signos de admiración. Yo me obstino en ver en Zorrilla una misión providencial, en cierto modo paralela a la de mi hermano, y paréceme que, así como éste restituyó a España lo que él llamó —claro está que no hablando de sí mismo— "la conciencia reflexiva de su pasado", el gran poeta castellano restituyóla la conciencia poética, no menos necesaria para la vida de los pueblos.

Zorrilla no fué más que poeta; pero, ¿no fué acaso bastante? Y, sin embargo, atreverse a no ser más que poeta es una divina osadía. ¡Es renunciar a tantas cosas! Al medro personal, al aprecio y ayuda de los hombres "serios"... Es contentarse de tejas abajo, con el aplauso de las muchedumbres, ruidoso y vano, como el trueno o como una función de piroctenia, y, además inconstante y tornadizo como cuanto procede de la masa.

Hoy, por ejemplo ¿no parece que va siendo moda desdeñar a Zorrilla? Pero, seamos justos; no nace este desdén en las muchedumbres, las cuales, si hoy parece que olvidan al poeta,

es seguramente porque no le oyen, sino entre algunos críticos mal avenidos, sin duda, con admirar lo que tantos han admirado.

Acaso no es ya preciso que Zorrilla sea popular, y basta con que su memoria quede viva y venerada en unas cuantas almas esparcidas aquí y allá al modo con que después que se ganó la plaza y retirado ya el ejército, sólo quedaron apostados algunos retenes o guardias que defiendan lo ganado y, en caso de necesidad, vuelvan a tocar "al arma"...

Entre tanto que esto llega, he aquí la frase que debe servir de santo y seña a aquellas fieles milicias:

¡Zorrilla! He aquí al poeta".

Ya por aquella época escribía Enrique coplejas que publicaba en algunas revistas estudiantiles de la ciudad del Pisuerga. No se han coleccionado estos versos y me sospecho que no lo merecerán cuando su autor no lo hizo; pero seguramente que si entre las olvidadas páginas de esa prensa las buscásemos habíamos de dar con más de una composición en la que el talento poético, muy especialmente narrativo y de leyenda, de este otro Menéndez Pelayo, imitaría y casi calcaría a su ídolo poético.

Si oyendo a su patrona anécdotas de segunda mano sobre Zorrilla se entusiasmaba tanto aquel mozo, figurémonos la alegría que sentiría al saber que su hermano Marcelino se trataba con frecuencia y familiaridad con el autor de *A buen Juez mejor testigo,* leyenda que él se había aprendido de memoria y la recitaba con gran entusiasmo y brillantez entre sus asombrados compañeros de medicina.

Efectivamente, no hacía el año que había tomado posesión de su cátedra de *Historia crítica de la Literatura Española* en Madrid Marcelino Menéndez Pelayo, cuando se trataba ya con la mayor parte de los literatos que brillaban en la Corte, y entre ellos con el viejo Zorrilla, que había regresado de su larga y accidentada estancia en la América española y, como siempre sin una peseta en su bolsillo, se ganaba el sus-

tento diario escribiendo crónicas en *El Imparcial.* Reunidos después estos artículos formaron el libro *Recuerdos del tiempo viejo,* en cuyo cap. XIV (primera parte) titulado *Interrupción* se dice con referencia a la Condesa de Guaqui, hija de los Duques de Villahermosa: "Recibe conmigo a su mesa los jueves esta gentilísima señora al prodigio de memoria, de erudición y de precocidad, el joven Menéndez Pelayo".

¡Cómo debió acosar Enrique a preguntas sobre *el gran poeta* a Marcelino! Y que pláticas más sabrosas transcurrirían entre los dos hermanos en aquel verano de 1880 en que el uno estudiante vallisoletano y el otro catedrático madrileño, se juntaron unos meses en el hogar paterno de Santander. Seguramente que no fué ajeno a estas amenas charlas D. José María de Pereda que algo picado de curiosidad andaba también al enterarse del asombro que en la sociedad madrileña había causado la aparición deslumbradora de su joven amigo Marcelino. Ya en 16 de marzo de este año de 1880, le había escrito una carta en la que le dice: "También sé por Zorrilla, que lo contó en *El Imparcial* con gran contentamiento mío y de tus amigos, que continúas cerniendo el futraque en casa de la Guaqui. Dígote que te vas a hacer un elegantón de primera fuerza; y serás el primer ejemplar de esa estofa. ¡Falta le hacía a *la clase* un ejemplar por el estilo!"

Muchos debieron ser —se ha perdido la correspondencia de los dos hermanos en esta época y no podemos hacer afirmaciones rotundas— los estímulos y ruegos de Enrique a su hermano para que escribiera algo sobre su poeta predilecto; pero, a parte de sus largas y variadas tareas, no se presentaba por entonces a D. Marcelino, metido de lleno en su *Historia de los Heterodoxos,* ocasión directa ni circunstancial tampoco, para dedicar unos párrafos a Zorrilla. Llegó por fin esta ocasión con motivo de la publicación en 1883, de la traducción española de la obra de Otto von Leixner, titulada *Nuestro siglo,* a la que puso varias *adiciones* Menéndez Pelayo por encargo de los editores de Barcelona, Montaner y Simón. En una de estas adiciones escribió D. Marcelino refiriéndose al gran poeta legendario, lo siguiente:

"Sobre la tumba de Larra, y en cierto sentido, sobre la tumba de Espronceda, se levantó Zorrilla, antítesis viva de uno y otro. Zorrilla no es lírico en el rigor de la frase. Poeta enteramente *exterior*, como el Duque de Rivas, narra, describe, cuenta maravillosamente. No se le pidan profundos análisis ni disquisiciones sutiles sobre los misterios del alma. Apenas se detiene a mirarla. Su vocación o, como él decía, su *misión* es otra: hablar a los ojos y a los oídos, y halagarlos con pompa de luz y de colores, y con raudales de mágica armonía. El cuento, la conseja, la tradición de moros y cristianos, el libro de caballerías, la devoción infantil y popular más que el sentimiento religioso profundo, la España antigua en su parte menos íntima y más brillante... eso es Zorrilla, y por eso solo gusta y será leído y querido y admirado mientras lata un corazón español, y mientras no se extinga la última reliquia del espíritu de la raza. Sus dramas no son más que enormes leyendas dialogadas. Hasta qué punto ha sido poeta Zorrilla, sólo lo apreciarán en su justo valor los venideros. Su obra es inmensa, confusa, desordenada, y varia como la misma naturaleza; mezcla de soledades bravías y espantosos eriales y de jardines deleitosos, frescas sombras y rumor de encantadas aguas. Con las perlas que Zorrilla ha derrochado con imperdonable abandono y prodigalidad había para enriquecer a muchos poetas. Zorrilla es el poeta de la tradición castellana, y en tal sentido vive, no por sus versos líricos, donde la ausencia de reflexión y de ideas abstractas le hace caer en lucubraciones incoherentes, y aun en verdaderos logogrifos. ¿Pero todo esto qué importa para su gloria? Asentada está tan firmemente que no lograrán los mayores desaciertos antiguos y modernos del poeta reducirla ni empañarla en un ápice, porque siempre saldrán por fiadores de ella *A buen juez mejor testigo, Margarita la Tornera, El Capitán Montoya,* la *Leyenda de Alhamar,* y todo ese collar de innumerables leyendas, verdadero cuerpo poético de las tradiciones esparcidas en Valladolid y en Burgos, en Toledo y en Granada."

No es este un juicio definitivo sobre Zorrilla, ni tal cosa se propuso Menéndez Pelayo al escribir esas líneas; es sola-

mente una impresión sobre el gran poeta, una como aclaración y aditamento al olvidadizo texto alemán, cuyo autor no podía penetrar en lo más interno y genial de un poeta español y castizo como Zorrilla.

Don Marcelino se reservaba, esperaba su momento. Este parecía haber llegado precisamente cuando en el año 89 se corona a Zorrilla en Granada como nuestro gran poeta nacional y cantor de la raza. Para contribuir a los gastos de la coronación la Sociedad Económica Cantábrica de Santander había organizado una velada literario-musical. Mándame, pues algo, sobre el asunto que mejor te parezca, decía a don Marcelino don José María de Pereda, uno de los principales promotores de la fiesta y *padre grave de la Orden* como él mismo se llama. Y Menéndez Pelayo, en 6 de junio de 1889, a los dos días de celebrada la tal velada literario-musical se excusa con su amigo Pereda escribiéndole lo siguiente: "Mucho he sentido no poder mandar cosa alguna para la velada en honor del gran Zorrilla, pero el plazo era perentorio, yo me encontraba con las manos vacías, y en mala situación de ánimo para improvisar, con estas angustias de fin de curso y cincuenta mil chinchorrerías de exámenes, oposiciones, etc. que me tienen frita la sangre y me quitan el humor para todo".

Enrique después de la velada santanderina, no pudo contener sus ansias de ver y oír al vate romántico en el acto de su coronación y salió inmediatamente para Madrid, de donde partió, provisto de cartas de recomendación de su hermano Marcelino para Eguílaz, catedrático de Literatura en Granada, y otros personajes de aquella ciudad, en la que estaba ya instalado a mediados de junio del 89. Qué emocionadamente recuerda aquella su excursión poética a la ciudad del Darro en las ya citadas *Memorias de uno a quien no sucedió nada,* qué grabada a fuego se le quedó para siempre la figura de *su poeta* cuyo encantador modo de leer era "trinar de ruiseñores, rumor de fuentes, murmullo de brisas en primavera". Escuchemos estos párrafos de Enrique Menéndez, como él mismo, recortando sus apellidos, modestamente se llamaba,

por no sustraer, ni aun con el nombre, un ápice de la gloria de su hermano Marcelino.

"... En aquella inolvidable tarde, y aún al través del aparato oficial y la solemnidad del programa, sintióse aletear por encima de la multitud allí congregada y provocar en ella el sublime escalofrío de la emoción, al ave de la gloria que vino al fin a posarse sobre la venerada melena blanca del viejo trovador castellano, del cantor excelso de Granada, del que había dado lengua y vida a las encantadas sombras de la Alhambra, las cuales hasta entonces vagaban mudas por su recinto, porque sólo eran evocadas por la fría y opaca voz de la historia. En la Alhambra, por ineludible obligación y tácita, pero sagrada deuda contraída con el poeta, celebrábase ahora su coronación.

Pocas emociones han perdurado en mi espíritu —pronto siempre a dejarse mover por la más leve, como hoja de álamo al más liviano viento— lo que ésta de la coronación de Zorrilla. Y es que lo que allí pasó era inconfundible, y no creo que pueda pasar más de una vez; aquello era el alma de toda una nación, y aun dijera mejor de toda una raza, revolando y cantando jubilosa y aclamadora en torno de su bardo; aquello era España, la altísima señora, besando en la frente a un hijo poeta que Dios le había dado... Nunca pensé ver nada tan grandioso y a la par tan íntimo y efusivo.

Además, quien no oyó leer a Zorrilla, haga cuenta de que no oyó nunca trinar de ruiseñores, ni rumor de fuentes, ni murmullo de brisas en primavera. Porque todo ello sonaba y revivía en su mágica declamación; pero ennoblecido y sublimado por el augusto sello de la personalidad humana.

¡Cómo leyó en tal ocasión! Por una de aquellas contingencias frecuentes en la vida del maestro, no leyó la poesía que para el caso había compuesto, sino la titulada *Salmodia*, que no dejaba de ser también oportuna y adecuada.

Paréceme un tópico de la crítica, un lugar común y rutinario, el hablar como de cosa obligada, de la decadencia que se advierte en las obras que los poetas componen en su vejez. ¡Cuántas veces no existe tal decadencia! El poeta no envejece

casi nunca sino físicamente; su genio, su musa, el ser misterioso que le dicta sus versos, es algo que con él convive, pero que en cierto modo le es ajeno, y que se ríe del tiempo y de los achaques.

El poeta cantará en su vejez los desengaños de la vida, las tristezas del sol poniente, la inquietud del próximo fin y de lo que a él le siga; pero lo cantará, si es verdadero poeta, con el mismo vigor o estro que la alegría y esperanza de la mocedad.

Zorrilla, como todos los escritores geniales, era desigual en su inspiración, y cuando caía, como caía de tan alto, solía hacerse mucho daño. Mas no veo que éste se agravara al compás de los años, pues de viejo solía componer maravillosos versos. En esa poesía que escribió, y debió leer, en su coronación, da el genio frecuentes aletazos, y en nada me parece inferior el poeta cuando exclama:

Mas Dios marcó mis horas. Mi alma, que está alerta,
tras sí la muerte siente; mi tumba está ya abierta,
mis pasos aniquila la trémula vejez;
mi inteligencia ofusca su cerrazón incierta;
franqueada ya me tiene la eternidad su puerta,
y estáis mi voz oyendo por la postrera vez.

que cuando en la radiante labor de su juventud gritaba:

Bello es vivir; la vida es armonía,
luz, peñascos, torrentes y cascadas,
un sol de fuego iluminando el día,
aire de aromas, flores apiñadas.
... ...

¡Oh, Poesía! Por ti, y sólo por ti, que eres el aliento de Dios, parece también el mundo eternamente joven. Por ti echan hoja los árboles, vuelven a nacer las rosas y rompen a volar los pájaros nuevos..."

No pudo entonces don Marcelino aprovechar aquel momento de la *Coronación* para hablar de Zorrilla; estaba en

mala disposición de ánimo, abrumado por las chinchorrerías de exámenes de fin de curso y machacones ejercicios de opositores a cátedras; pero ahora sí, ha llegado su hora, la hora de las alabanzas de todos, para todos y aun más, y con más justicia para los hombres geniales que han honrado a su patria y se despiden de ella para siempre. Acababa de morir Zorrilla; los periódicos de toda España escribían columnas en prosa y verso sobre el gran cantor fallecido. En *El Imparcial* de 24 de enero de 1893 aparecen las más insignes firmas de nuestros poetas y literatos de aquella época, y, naturalmente, no podía faltar entre ellos, la del crítico más eminente de España, la de don Marcelino Menéndez Pelayo. Pero éste, midiendo su responsabilidad y deseoso de redactar con más sosiego algunas cuartillas dignas del poeta, envió al diario madrileño solamente este discreto párrafo:

"El poeta que acabamos de perder es tan grande, que para no repetir cosas mil veces dichas, y encontrar algo que no sea enteramente indigno de su gloria, es preciso meditar algo y aun mucho, y no entregarse a los caprichos de la improvisación.—M. Menéndez Pelayo."

No llegó don Marcelino a escribir el estudio crítico largo, meditado, y sereno que Zorrilla merecía y que él le hubiera dedicado con gusto propio y con mayor aún de su hermano Enrique, si en el ciclo de sus trabajos hubiese llegado a tratar de la poesía española en el siglo XIX. Pero tampoco desaprovechó este momento último de la partida del cristiano cantor de María para vida mejor. La Junta directiva del Ateneo de Madrid se reunió en los primeros días de febrero de 1893 para rendir homenaje a la memoria del poeta. Se tomaron varios acuerdos después de algunas sesiones y entre ellos como principal levantar por suscripción nacional y entre los países hispano-americanos un monumento a Zorrilla. Menéndez Pelayo por ocupaciones perentorias no había podido asistir a varias de estas sesiones, y el presidente de la Casa, don Gumersindo Azcárate le escribe en 7 de febrero: "Los presentes han acordado que sea usted quien redacte la circular, manifiesto o alo-

cución que hemos de dirigir a cuantos hablen castellano para abrir la suscripción."

No era una circular pidiendo fondos para una suscripción el documento más apropiado para escribir sobre Zorrilla; pero estas dificultades eran las que muchas veces sabía vencer mejor Menéndez Pelayo, creciéndose con ellas. Y con admiración y asombro de todos salió de su pluma en cuatro rasgos brillantes, delineada totalmente en sus líneas fundamentales, la figura del excelso cantor popular.

No era, no podía ser aquello un estudio crítico de Zorrilla, el estudio que don Marcelino hubiera hecho si el tiempo le hubiera alcanzado para concluir las obras comenzadas, la *Historia de las Ideas Estéticas*, la *Antología de Poetas Líricos;* pero aun en estas proporciones mínimas, diminutas si se quiere, es todavía un monumento, mejor una joya, digna de quien tantas entrelazó en sus leyendas poéticas.

Imposible decir más en menos espacio, imposible más color en tan pocas pinceladas. En las líneas que a continuación transcribimos se siente el aleteo de dos genios, el genio vivificador de la crítica que es Menéndez Pelayo y el genio poético de la raza que como ningún otro representa Zorrilla:

JUNTA DEL MONUMENTO A ZORRILLA

(Circular)

"La Junta Directiva de los trabajos preparatorios para la erección del monumento con que ha de honrarse la memoria de D. José Zorrilla, juzga de su deber más estricto solicitar hoy el concurso de cuantos en ambos mundos hablan la lengua castellana. Sólo así podrá tener el proyectado monumento carácter de tributo, no ya nacional únicamente, sino de raza, y de comunidad de espíritu entre todos los pueblos que a ella pertenecen, puesto que a todos han alcanzado los resplandores de la gloria del inmortal poeta, por cuyos labios habló con voz solemne y vencedora de los tiempos el genio de la patria española.

Si algunos, muy raros, poetas castellanos de este siglo pueden aventajar a Zorrilla en tal o cual condición técnica; si otros han penetrado más adelante que él en ciertas regiones del sentimiento, de la fantasía o de la idea; si la gloria de nuestro movimiento romántico no puede compendiarse en un nombre solo, sino que debe, en ley de justicia repartirse entre varios, todavía es cierto que por su fecundidad avasalladora, por la magia y prestigio de la palabra musical, por la opulencia deslumbrante del color, por el alarde y derroche continuo de los tesoros de su imaginación pintoresca y lozanísima, y más aún por cierta sublime impersonalidad que en él hubo, y merced a la cual le fué concedido el talismán de las evocaciones épicas, Zorrilla fué más popular que otro alguno, fué para la mayor parte de nuestro pueblo *su poeta,* el poeta por excelencia, el que más fiel y hermosamente representaba su vida ideal, el que mejor sabía arrullarle con las canciones y consejas de un pasado glorioso, que tenía para unos el hechizo de una puesta de sol melancólica y espléndida, al paso que a otros daba esperanzas y vislumbres de una nueva aurora. Un poeta lírico, por grande que sea la energía e intensidad de su vida afectiva, nunca puede congregar en torno de su nombre un coro tan unánime de admiradores, que, en algún sentido bien pueden llamarse colaboradores de su obra. Tendrá culto ferviente en pocas y selectas almas; pero al poeta que por raro caso ha atinado con la expresión bella y elocuente de aquellos impulsos primitivos y fuerzas elementales que son el alma de la tradición y hacen que a través de los siglos y de las transformaciones históricas los hijos de un mismo pueblo se reconozcan por hermanos, le reserva ese pueblo una recompensa todavía más alta, y se la otroga, no en la lectura solitaria, ni en el elogio de Acadamia, ni en el comentario estético, sino en la plaza pública, a la luz radiante del sol, en mármol o en bronce, y por unánime concurso y decreto de los ciudadanos, desde los más humildes hasta los más encumbrados, desde los sabios hasta los indoctos.

Al levantar la estatua de Zorrilla no vamos a hacer meramente la apoteosis de un poeta, grande entre los más grandes

que España ha producido en nuestro siglo. La erección de ese monumento debe significar algo más: debe ser una afirmación enérgica del alma de nuestra raza, una especie de acto solemne y cuasi religioso, por el cual nos reconocemos herederos de nuestros progenitores en todo lo que el campo neutral de la tradición poética ofrece de glorioso y de amable para todos.

Al honrar la memoria de Zorrilla, nuestro último poeta nacional, festejamos y coronamos en su persona a los anónimos autores de los *Cantares de Gesta* y de los romances viejos, a los patriarcas de nuestro teatro nacional, y a los grandes ingenios que en la alborada romántica reanudaron la cadena de la tradición legendaria y dramática.

No será una corporación, una colectividad, una escuela, un partido, un establecimiento oficial, una institución privada, quien levante este monumento a la poesía española. España entera será, y con ella todas las naciones que ella trajo a la civilización y en quienes persisten su sangre, su lengua y su espíritu. A todos invitamos para que el monumento sea digno del genio poético de la España antigua, que vela sobre la tumba de Zorrilla."

No es la primera vez que se reproduce este olvidado Manifiesto; en la Biografía de Zorrilla lo insertó ya Narciso Alonso Cortés, atribuyéndolo, aunque sin dar razón de ello, a don Marcelino. No es de extrañar sin embargo, pues cualquiera que haya leído un poco en las obras de Menéndez Pelayo ve marcada claramente la huella del rey de la crítica literaria en esa página. El Manifiesto está firmado por don Gumersindo de Azcárate en primer lugar por ser el presidente del Ateneo de Madrid, entidad que iniciaba la suscripción para el Monumento, luego firma Menéndez Pelayo y detrás innumerables escritores, académicos, profesores y artistas etc. Es el pueblo en masa rindiendo homenaje a su poeta; pero documentalmente hemos probado ya con un trozo transcrito de la carta de don Gumersindo Azcárate a Menéndez Pelayo que es de éste la redacción. Aramburu, el Rector de Oviedo, alaba en carta de 28 de marzo de 1893 a don Marcelino el *hermoso documento* que

ha escrito, y otro tanto le dicen varios literatos de Hispano-América al recibir la Circular.

En ésta, como en otras muchas ocasiones, habló España por boca de Menéndez Pelayo; por eso, mejor que el nombre sólo de éste, fué que llevase los de todos los que representaban algo en las letras, en la ciencia, en el arte, en la religión, en el amor a la patria.

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES.